

## CUANDO EL NOMBRE DEL PADRE SUPONÍA UNA BÚSQUEDA ESQUIVA Y LAS PRUEBAS DE PATERNIDAD PARECÍAN BRINDAR CERTEZAS

Nara Milanich, 2019. *Paternity. The Elusive Quest for the Father*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press. 352 p.

*Elena Gallinari Abinet se convirtió en la primera nieta restituida nacida en cautiverio (...) Las Abuelas recibieron la denuncia de que un policía de apellido Madrid tenía en su poder a una pequeña que podría ser hija de desaparecidos. Se trataba de Domingo Luis Madrid y vivía en City Bell, provincia de Buenos Aires. La niña figuraba con el nombre de Viviana Nancy y la partida de nacimiento era sospechosa ya que indicaba que había nacido en la casa de su "abuelo". Con estas pruebas, las Abuelas presentaron el caso ante la Justicia que pidió las pruebas de sangre correspondientes y los resultados demostraron la verdadera filiación de la nena.*

Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, 2007. *La historia de Abuelas. 30 años de búsqueda*. Buenos Aires. p. 81.

A principios del siglo xx, la prensa masiva de Hollywood, San Francisco, São Paulo y Buenos Aires amplificó los estertores de puntuales juicios de paternidad. Un público lector de amplios márgenes geográficos pudo conocer los pormenores de las batallas legales avenidas a partir 1943 entre Charles Chaplin y Joan Berry, en tanto el afamado actor no reconocía a Carol Ann como su hija. En 1921, Rosa Vittorio presentó cargos en un tribunal de San Francisco contra su exmarido; Paul Vittorio se negaba a pagar la manutención de su hija Virginia porque, según lo aseguraba, no era el padre de la beba. La disputa entre Julio Baptista da Costa y Olinda de Jesús no solo incluyó un proceso judicial por la manutención de una niña, sino una investigación penal por agresión sexual; el acusado era un médico de cuarenta y siete años y la víctima, su empleada do-

méstica. Luego de enviudar en 1914, Celestina Larraudé enfrentó judicialmente a la familia natal de su marido para que María Mafalda, Roque Humberto y María Carmen pudieran acceder a su herencia millonaria; la unión consensual que caracterizó a su pareja con Roque Arcadini explicaba la demanda y operaba como argumento para alejar a sus hijas y a su hijo del patrimonio familiar.

Estas notas periodísticas incluían perfiles de los hombres y las mujeres litigantes y de los niños y niñas en cuestión valiéndose de narraciones que conferían a los hechos tintes espectaculares. Además, remitían a los métodos interpuestos en los estrados para evaluar la filiación, precisamente cuando las pruebas de paternidad comenzaban a ganar terreno en los ámbitos científicos europeos y americanos. "¿Quién es el padre?" era la pregunta

que enlazaba estos conflictos sucedidos en diferentes contextos espaciales y temporales. Se trataba de un interrogante de interés social, legal, político y científico de larga data y, según una tradición cultural, de carácter irresoluble.

Nara Milanich encontró en esos casos una puerta de entrada para comprender las transformaciones sucedidas en las sociedades del Novecientos en torno al concepto de paternidad y, en forma asociada, para analizar el despliegue de pruebas biológicas que procuraban enfrentar la esquivada búsqueda del padre. En la conferencia de apertura del III Encuentro de la Red de Estudios de Historia de las Infancias en América Latina, Milanich aseguró que su investigación comenzó a gestarse a partir de un encuentro casi fortuito con tratados legales y forenses que, desde la década de 1920, comunicaban novedosas técnicas para establecer la paternidad basadas en el estudio de los dientes, las huellas dactilares o la sangre.<sup>1</sup> Escritos por peritos venezolanos y peruanos, por un odontólogo brasileño y un especialista argentino en dactiloscopia, los textos marcaban una aparente ruptura con las dinámicas que la autora había estudiado en su anterior libro, centrado en las construcciones legales y sociales de la filiación que fueron forjadas en Chile durante el siglo XIX.

Tal como lo documentó en dicha investigación, la transferencia de niños y niñas de una familia a otra era una práctica extendida en el contexto chileno, despla-

gada entre los sectores sociales más desfavorecidos con el propósito de proveer bienestar al grupo familiar. Su existencia generó relaciones laborales caracterizadas por la explotación y la subordinación de este sector de la población infantil y resignificó los vínculos sostenidos en los hogares, los de amistad y de patronazgo. Pese al carácter informal de la práctica y la ausencia de regulación legal, Nara Milanich reconstruyó sus aristas principales a partir de actas escritas en salas de audiencia de los juzgados chilenos, registros notariales y legajos de los asilos. Estas fuentes le permitieron comprobar la distancia entre la definición de parentesco que el Código Civil había instalado y sus variaciones vernáculas, así como el uso estatal del parentesco en tanto categoría central de legibilidad y legalidad de las personas.<sup>2</sup>

Los juristas decimonónicos caracterizaban la paternidad biológica como un enigma de la naturaleza, un hecho incierto e incognoscible y, en contraposición, sostenían que el parto determinaba fehacientemente la identidad de la madre. En esta tradición, el matrimonio y la denominada “posesión de estado” eran las vías que aseguraban la filiación paterna. El esposo de una mujer casada se constituía como el padre de sus hijos e hijas y, en caso de no mediar un matrimonio, eran los comportamientos públicos del hombre ante un niño o una niña los que determinaban la paternidad. Como advierte Milanich, en el centro de esta definición se encontraba la voluntad o el deseo de un varón que se reportaba social y

1 N. Milanich, 2021. Cien años de paternidad. Los desafíos de las historias transnacionales de la infancia. *III Encuentro de la Red de Estudios de Historia de las Infancias en América Latina*. Santa Catarina: Universidade do Estado de Santa Catarina.

2 N. Milanich, 2009. *Children of Fate: Childhood, Class and the State in Chile, 1850-1930*. Durham and London: Duke University Press. 356 p.

comunitariamente como padre, es decir, la paternidad no era un acto derivado de la procreación biológica, sino uno de carácter volitivo y performativo. Su apuesta interpretativa consistió en analizar las críticas formuladas a estas definiciones e iluminar un nuevo conjunto de ideas promovido por los Estados, la ciencia y los medios de comunicación del mundo transatlántico que dio lugar a lo que la autora denomina “paternidad moderna”.

En esta nueva concepción, conocer al padre se configuraba como un imperativo categórico de relevancia pública e individual. En sociedades patriarcales, el patrimonio, el apellido y puntuales rasgos identitarios eran transferidos por el padre, cuya presencia o ausencia impactaba sobre el curso vital de niños y niñas. Como lo han demostrado Ann Twinam e Isabella Cosse, los intentos de revertir los estigmas que pesaban sobre quienes habían nacido en los márgenes de la normatividad familiar, ya sea porque sus padres no los y las habían reconocido o porque vivían en hogares formados alrededor de uniones consensuales, dan cuenta de la importancia conferida al carácter legítimo e ilegítimo de la filiación en dichas sociedades.<sup>3</sup> En este sentido, Nara Milanich sostiene que la regulación de los lazos filiales ocupó progresivamente a puntuales agentes y agencias de los Estados modernos, en tanto vía para transferir recursos garan-

tizados por la seguridad social y, además, para responsabilizar a los hombres por la manutención de sus hijos e hijas y evitar desbordes en las instituciones que intercedían ante la pobreza y la orfandad.

La paternidad moderna implicó una novedad en la búsqueda del padre, dada por el desplazamiento del derecho como árbitro principal de la filiación y la consecuente entronización de la ciencia. Las pruebas científicas –o de pretendida científicidad– que ganaron terreno desde los años veinte aseguraban confirmar la identidad del padre y, de esta manera, brindaban respuestas a un dilema que hasta ese momento era presentado como irresoluble. Sin embargo, la rápida proliferación de nuevos métodos no hizo que la paternidad fuera necesariamente cognoscible. En palabras de Nara Milanich, “más bien, la transformación en el modo de pensar la paternidad –de un misterio irresoluble de la naturaleza a un hecho empírico que podía descubrirse– hizo posible imaginar una prueba para detectarla” (2019, p. 22).<sup>4</sup>

El libro objeto de esta nota crítica examina el auge de la paternidad moderna y pone el foco sobre el trabajo que hicieron las pruebas de paternidad a lo largo del siglo xx, en una apuesta que corre el eje desde la veracidad científica de estas tecnologías hacia su función social. Su autora lo deja claro: “no es una historia sobre cómo un nuevo conjunto de creencias, prácticas y tecnologías erradicó las antiguas. Es una historia sobre las pater-

3 A. Twinam, 2009. *Vidas públicas, secretos privados. Género, honor, sexualidad e ilegitimidad en la Hispanoamérica colonial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 500 p. I. Cosse, 2006. *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 206 p.

4 “Rather, the transformation of how people thought about paternity –from an intractable mystery of nature to an empirical fact that could be discovered– made it possible to imagine a test to detect it”.

nidades impugnadas que persisten en el presente” (2019, p. 31).<sup>5</sup> En este sentido, asegura que los métodos científicos interpuestos para identificar al padre no resolvieron las tensiones entre lo científico y lo jurídico o lo biológico y lo social, por el contrario, las reificó.

En la conferencia citada con antelación, Milanich compartió los desafíos que enfrentó para argumentar a partir de hitos científicos y hechos jurídicos que se movían en distintos contextos espaciales y temporales del siglo xx. Según sus precisiones, el de mayor cuantía estuvo dado por encontrar el tono adecuado para narrar esta historia y hacerla asequible a los lectores y las lectoras, dilema que la acerca a las batallas libradas contemporáneamente por otros y otras colegas. Punta de lanza de estas discusiones, la propuesta programática de Ivan Jablonka trae consigo una invitación a encontrar vasos comunicantes entre historia y literatura, de manera tal de propiciar un trabajo sobre la lengua y no retacear al razonamiento histórico inventiva narrativa e intención estética.<sup>6</sup> Para Lila Caimari, estas reflexiones sobre la narrativa son centrales a la hora de recuperar la dimensión social y comunicacional de la historia; en este sentido, sostiene que la escritura no es sólo el medio para comunicar resultados de investigación, sino parte central de un

oficio que supone traducir la experiencia del archivo a un texto.<sup>7</sup> Similares apuestas prosiguió Nara Milanich y desde ellas logró trascender el escollo inicial de su pesquisa. Fue entonces cuando identificó patrones que se repetían y entrecruzaban en distintos contextos espaciales y temporales. Su estrategia, entonces, consistió en organizar capítulos alrededor de un caso concreto que iluminaba hilos transversales, para luego entretrejerlo en una trama analítica mayor.

La continuidad entre el prólogo y el primer capítulo ofrece una invitación a la lectura y plantea los supuestos sobre los cuales se apoya la investigación. El litigio entre Charles Chaplin y Joan Berry abre las discusiones sobre el modo de pensar históricamente la paternidad y el impacto que ha generado la búsqueda del nombre del padre en términos identitarios, patrimoniales y existenciales. Desde el caso, la autora presenta los contrapuntos entre la definición de la paternidad consagrada en los albores del siglo xix por el Código Napoleónico y el conjunto de ideas y prácticas que en el mundo transatlántico del siglo xx dio forma a la paternidad moderna. Milanich identifica, en este marco, un “dramático giro” entre un modo de pensar la paternidad como un acto de voluntad que sólo se producía cuando el hombre lo reconocía libremente y otro que la definía en tanto condición física factible de confirmarse gracias a nuevos métodos científicos.

5 “It is thus not a story about how a new set of beliefs, practices, and technologies eradicated the old. It is a story about the contested paternities that persist into the present”.

6 Jablonka, I., 2016. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 348 p.

7 Caimari, L., 2017. Por una historia escrita. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 21, n° 2, pp. 281-286. Caimari, L., 2017. *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*. Buenos Aires: Siglo XXI. 145 p.

El segundo y el tercer capítulo centran la atención en los métodos de identificación de la paternidad basados en el análisis de la sangre, a fin de iluminar los vínculos estrechados entre laboratorios y tribunales a propósito de acotadas compulsas. En 1921, el juicio que enfrentó a Rosa y Paul Vittori estuvo atravesado por la puesta en escena del oscilógrafo, máquina inventada por el médico Albert Abrams, quien aseguraba que podía medir las vibraciones de los electrones de la sangre e identificar patrones transmitidos hereditariamente. Aunque su estatus en la práctica legal no tardó en ser cuestionado, Milanich sostiene que este caso permitió que las pruebas de sangre se integraran a la narrativa pública de los juicios de paternidad en Estados Unidos. Por su parte, el cotejo de grupos sanguíneos impulsado por el médico alemán Fritz Schiff también logró captar la atención de la prensa internacional de los años veinte. Su expansión transatlántica permitió que intercediera en el juicio de paternidad que enfrentó a Julio Baptista da Costa y a su empleada Olinda de Jesús, iniciativa que confirió visibilidad continental a las actividades forenses desarrolladas por el Instituto Oscar Freire de São Paulo, responsable de llevar adelante el análisis.

El cuarto capítulo considera las múltiples aristas que dieron forma al juicio que enfrentó a la familia natal de Roque Arcadini y a su viuda Celestina Larraudé. El saber antropológico de Roberto Lehmann Nitsche medió en esta compulsas escenificada en Buenos Aires en 1914, en tanto sus estudios habían estipulado la presencia de caracteres corporales comunes a los grupos familiares que componían

un “tipo promedio” o “aire de familia”. La tensión entre la definición biológica de la paternidad aportada por Lehmann Nitsche y aquella determinada por la figura legal conocida como “posesión de estado” –los comportamientos públicos y la voluntad de un hombre lo definen como padre– imprimió características distintivas y espectaculares a este juicio que ponía en juego el reparto de una herencia millonaria.

El quinto capítulo analiza una prueba que también erigía el cuerpo como evidencia. En este caso, el estudio forense de dentaduras y narices forjado por Luiz Silva en São Paulo procuró develar la identidad de un hombre amnésico hallado en Collegno, un pequeño poblado del norte de Italia. Según Giulia Canella, se trataba de su marido, desaparecido desde hacía once años tras haber integrado el frente en la Primera Guerra Mundial. El conflicto se suscitó cuando un anónimo señaló que ese “desconocido de Collegno” no era Guilio Canella, sino Mario Bruneri.

La inclusión de las pruebas científicas de filiación en el proyecto autoritario del nazismo es el eje del capítulo sexto. Tal como lo recuerda Milanich, las autoridades del Tercer Reich demostraban un especial interés por la paternidad, en el marco de una pretendida depuración racial y el asociado genocidio que determinó el holocausto. En este contexto, los métodos científicos originalmente diseñados para encontrar al padre devinieron herramientas para distinguir judíos de arios y, desde allí, contribuyeron al gobierno racial de la población.

Los dos últimos capítulos del libro transitan el escenario de la segunda pos-

guerra. El séptimo capítulo analiza en profundidad la disputa librada en Pisa entre Quinta Orsini y Remo Cipolli a propósito de la filiación de su hijo Antonio. La piel oscura del niño y su pelo enrulado generaron desconfianzas en el esposo y operaron como fundamento para acusar a Quinta de adulterio. Esta iniciativa se valió de las pruebas de paternidad como vías para cuestionar la moral sexual de la mujer y colisionó con el proyecto nacional asociado a la reciente unificación de Italia, en el que la familia nuclear operaba como parte de la ficción asociada a la construcción de una nación armónica. El octavo capítulo lleva adelante una descripción densa del derrotero que debieron seguir Lee Kum Hoy, Lee Kum Cherk y su hermana Lee Moon Wah desde que arribaron al aeropuerto de New York en 1952 para reencontrarse con su familia. Aunque su padre había obtenido la ciudadanía estadounidense hacía veinticinco años, el clima de la Guerra Fría activó las alarmas de las autoridades migratorias. La búsqueda del padre a través de métodos científicos era una intervención estatal utilizada para evaluar quiénes podrían ser parte del sueño americano y quiénes debían volver a China.

Los argumentos que conforman el epílogo están dirigidos a señalar los contemporáneos giros que ha tomado la búsqueda del padre. Desarrolladas desde inicios de la década de 1980, Milanich asegura que las pruebas de ADN han generado un mercado suntuoso. En Estados Unidos, camiones plateados con la pregunta 'Who's Your Daddy?' ('¿Quién es tu papá?') disponen kits de identidad para la venta callejera. En algunos barrios popu-

lares de Brasil, el Estado utiliza esa prueba en campañas que procuran identificar a padres que no responden a sus obligaciones filiales. En uno y otro caso, puntuales sectores empresariales del rubro salud se han beneficiado con ganancias siderales. Sin embargo, estas pruebas también explican la creación del Banco de Datos Genéticos de la Argentina, recurso indispensable de las políticas de memoria, verdad y justicia llevadas adelante por la Asociación Civil Abuelas de Plaza de Mayo.

Una tarde de 1987, quien escribe estas líneas cursaba el quinto grado de una escuela primaria de City Bell. Sin mediar mayores explicaciones, la directora preguntó por Viviana y la retiró de la clase. Pronto sabríamos que no volvería a integrar el curso. "Es hija de desaparecidos", me contó por lo bajo otra compañera mientras formábamos la fila al día siguiente. No recuerdo qué entendí por "desaparecido", pero sé que fue mi primer contacto con el término. Volví a saber de su vida veinte años después, a partir de la lectura del libro que conmemoraba los treinta años de la creación de Abuelas de Plaza de Mayo. Por entonces, ya había participado de las tradicionales marchas del 24 de marzo y la universidad pública me había ofrecido denodados estudios sobre la desaparición de personas y el plan sistemático de apropiación de niños llevado adelante por la última dictadura cívico-militar. A partir del citado libro, supe que su nombre era Elena Gallinari Abinet, la primera nieta restituida nacida en cautiverio. Una prueba de ADN y el correspondiente cotejo con el Banco Nacional de Datos Genéticos determinó que era hija de María Leonor "Mara" Abinet y Mi-

guel Ángel “Bocha” Gallinari. La búsqueda de su abuela Leonor Alonso, mamá de Mara, había hecho posible la restitución. Las búsquedas de Abuelas continúan.

Las experiencias vitales descritas permiten comprobar que la historia de la paternidad no involucra sólo a hombres ni la construcción de masculinidades, es

una historia de mujeres, madres, familias e infancias. Por lo tanto, varios campos de estudios, ámbitos de militancia política y activismos por el derecho a la identidad y la búsqueda de los orígenes biológicos se verán beneficiados por la excelente investigación que Nara Milanich comunicó a través del libro objeto de esta nota crítica.

*Leandro Stagno*  
Universidad Nacional de La Plata